

No me gustan las vacunas



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.

David estaba enfurecido. No le gustaba en absoluto ir al médico, no soportaba tomar medicinas, pero por encima de todo, lo que más odiaba del mundo era que le inyectaran una vacuna.

— ¡¡¡No quiero entrar!!! — repetía una y otra vez cogido del marco de la puerta, mientras su madre le empujaba hacia dentro de la pequeña cámara del ambulatorio donde le esperaba una enfermera.

Pero sorprendentemente, de repente la madre le dejó que se fuera

— Muy bien. Pues si no quieres vacunarte, no vienes. — Y dicho esto empezó a desfilarse hacia la salida.

Por un instante David vio el cielo abierto. Finalmente podría ahorrarse el terrible pinchazo, pero su madre había sido contundente. Si no se vacunaba, David no los acompañaría al viaje que estaban preparando a África para visitar a tía Silvia, y de pronto David sintió una maraña de emociones que le estrujaron el vientre. Odiaba con desazón que le pincharan, pero también sabía que por nada del mundo quería perderse ese viaje. Así que, tomando aire, dio un paso adelante y ofreció su brazo para vacunarse.

-¡Au! No me toques que todavía me duele — se quejó a su hermano mientras subían al avión.

— Pero si el pinchazo te lo han hecho en el otro brazo. Mira que eres llorón.

Arturo era el hermano mayor de David y siempre que podía aprovechaba para hacerle enfadar. Por suerte durante el viaje no lo molestó mucho porque se lo pasó durmiendo, y cuando llegaron, los dos estaban tan contentos, que sólo tenían ganas de repetir lo bonito que era todo aquello.

El pueblo donde vivía tía Silvia estaba en medio de África, en uno de esos países de paisajes espectaculares, animales salvajes de los de verdad, y niños sonrientes que jugaban medio desnudos por todas partes.

Allí estarían veinte días, y David no podía estar más feliz. Un día y medio tardó en hacerse amigo de los niños del pueblo, pero de entre todos ellos, enseguida se entendió con un niño que se llamaba Betserai.

Como si fuera uno más, David se pasaba el día corriendo arriba y abajo por el pueblo con su amigo Betserai. El chico era el sexto de ocho hermanos y sabía hacer un montón de cosas que David nunca se habría imaginado. Con él aprendió a trepar a los árboles, a encontrar raíces, romper troncos, e incluso a cazar. Pero lo que más le gustaba, era cuando los dos amigos se escondían en el vertedero y jugaban a inventar máquinas imposibles con las piezas que encontraban por el pueblo.



— De mayor seré aviador — decía contento Betserai — o quizás constructor de tractores gigantes, o astronauta, o mecánico de barcos o inventor de motores a propulsión para que la gente se pueda desplazar de un lugar a otro volando.

Lo cierto es que Betserai tenía un montón de ideas fantásticas, y por las tardes los dos amigos se concentraban en construir prototipos de todas aquellas máquinas maravillosas que querían inventar.

— ¿Me pasas aquella hoja de latón? — Pidió Betserai — nos servirá para hacer la base del motor propulsor.

— ¡Claro que sí! — Respondió David — Pero cuando estiró el brazo para cogerla, se hizo un corte en la mano.

— ¿Te has hecho daño? — Preguntó Betserai — acercándose para ayudarle.

Pero mientras intenta apartar aquel hierro oxidado, también él se clavó un trozo de punta oxidada en la muñeca.

— ¡Caramba, como cuece! — se quejó Betserai. Pero los dos amigos sabían que un poco de sangre no era nada grave, así que se rieron y lavaron las heridas para poder volver a trabajar con sus ingenios.

Al día siguiente, David se despertó nervioso. Estaban a punto de terminar su cohete propulsor y él se moría de ganas de enseñárselo a Arturo y a tía Silvia. Pero cuando llegó a la plaza del pueblo, no vio a Betserai por ninguna parte. "Qué extraño", pensó, y corrió a casa de su amigo para buscarlo. Cuando llegó, vio los siete hermanos Betserai preocupados ante la puerta.

— Betserai está muy enfermo — Le dijo el mayor de todos. — Tiene el tétanos.

¿El tétanos? David no había oído nunca esa palabra, y corrió a preguntar a su tía Silvia qué significaba.

—El tétanos es una enfermedad infecciosa que puede llegar a ser muy grave, y que se contrae a partir de una herida con alguna cosa oxidada.

Inmediatamente David recordó la herida del día anterior, y se asustó cuando se dio cuenta de que él también se había clavado el mismo hierro.

— ¿Y por qué yo no estoy enfermo? — preguntó.

— Porque tú estás vacunado. Y las vacunas te protegen de la enfermedad. — Le explicó su tía.

— Y Betserai, ¿no está vacunado? — Pidió David.

— Desgraciadamente son pocos los niños que tienen la suerte de poder vacunarse. Hay muchos lugares del mundo donde no tienen suficiente dinero para comprar las vacunas.

David no podía creerse que su amigo estuviera enfermo por culpa de una triste herida. Y menos que los días fueran pasando y su amigo, en lugar de mejorar, estuviera cada vez más y más grave.

Al cabo de una semana, el pueblo se fue llenando de los familiares de Betserai que venían de todas partes para despedirse del chico.

— ¿Pero por qué está todo el mundo tan triste? Betserai no se va a morir, ¿verdad tía? — Preguntó David asustado.

Pero tía Silvia no supo qué contestar y David comprendió que la cosa era mucho más grave de lo que pensaba y corrió a encerrarse en su habitación.

Allí estuvo todo lo que quedó de día y lloró más de lo que había llorado nunca. Lloró más que cuando le castigaron y se perdió las vacaciones en la casa de la piscina, más que cuando se hizo una herida en caer del tobogán, o más que aquel día en que Arturo le rompió el robot que le había costado tanto de montar. Pero sobre todo, lloró mucho más de lo que había llorado cuando tenían que administrarle una vacuna.



De pronto había descubierto cómo eran de importantes todos aquellos pinchazos que le habían salvado la vida, y sentía una rabia inmensa por el hecho de que hubiera miles de Betserais en el mundo que no podían tener su misma suerte. Ahora sabía que había algo que le daba mucho más miedo que las vacunas. Y esa cosa era no tenerlas.

Aun tardó unas horas en salir de su habitación, pero cuando lo hizo, se cruzó con su hermano que justo entraba en casa corriendo.

— ¡Betserai ya está mejor! — Gritó Arturo muy fuerte.

Y David no necesitó oír nada más para cruzar todo el pueblo corriendo para ir a casa de su amigo a abrazarlo.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA